

EL MANTO ES MUCHO, MUCHO MÁS GRANDE QUE EL INTELECTO

**POR EL ÉLDER BOYD K.
PACKER**

**DEL QUÓRUM DE LOS
DOCE APÓSTOLES**

Discurso pronunciado a los maestros de religión en un simposio de Doctrina y Convenios e Historia de la Iglesia, Universidad Brigham Young, 22 de agosto de 1981



El hecho de que hable en forma muy directa sobre un tema de tanta importancia, espero que se considere como una especie de homenaje a ustedes, nuestros colegas leales, devotos e inspirados.

He llegado a creer que muchos miembros de la Iglesia que pasan mucho tiempo en la investigación académica tienen la tendencia a comenzar a juzgar a la Iglesia, a sus líderes, su doctrina, y su organización, tanto de la actualidad como del pasado, basándose en los principios de su propia profesión. A menudo lo hacen sin darse cuenta, y es posible que algo de esto no sea perjudicial.

Es bastante fácil para un hombre con amplia capacitación académica juzgar a la Iglesia utilizando los principios que se le enseñaron en su capacitación profesional como su estándar. A mi modo de pensar debe ser exactamente lo contrario. Un miembro de la Iglesia siempre debe, especialmente si procura una larga carrera académica, juzgar a

las profesiones del hombre contra la palabra revelada del Señor.

Muchas disciplinas están sujetas a este peligro. A través de los años he visto a muchos miembros de la Iglesia perder su testimonio y ceder su fe como el precio de sus logros académicos. Muchos otros han sido severamente probados. Permítanme ilustrarlo.

Durante mi último año como uno de los supervisores de seminarios e institutos de religión, un maestro de seminario fue a una importante universidad en el Este del país para terminar un doctorado en orientación y asesoramiento. El experto más renombrado en esa materia estaba allí y sin demora se interesó en este agradable, pulcro e inteligente Santo de los Últimos Días.

Nuestro maestro atrajo la atención a medida que pasaba los cursos con relativa facilidad, y su futuro se veía muy prometedor, es decir, se vio prometedor hasta que llegó a la disertación. Él decidió basar sus estudios en obispos de barrio como personas que aconsejan.

En esa época fui llamado a ser Autoridad General y le ayudé a conseguir la autorización para entrevistar y enviar cuestionarios a un pequeño y diverso número de obispos.

En la disertación él describió el llamamiento y la ordenación de un obispo, describió el poder del discernimiento, el derecho de todo obispo a recibir revelación y su derecho a recibir guía espiritual. El comité del doctorado no entendió esto. Ellos sintieron que tales referencias no cabían en una disertación académica e insistieron que las suprimiera.

Él me vino a ver. Leí su disertación y le sugerí que podría resolver la preocupación de ellos al empezar el análisis de asuntos espirituales con una declaración que dijera algo como: “los Santos de los Últimos Días *creen* que el obispo tiene poder espiritual” o “ellos *afirman* que la inspiración de Dios asiste al obispo en su llamamiento”.

Pero el comité le negó también esto. Era obvio que se sentían muy avergonzados de incluir este material en una disertación académica.

Es como lo dijo Pablo: “Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente” (1 Corintios 2:14).

Se le recordó su gran potencial y se le dijo que con unos pocos arreglos, específicamente si dejaba de lado todas las referencias espirituales, su disertación sería publicada y su reputación quedaría establecida. Le pronosticaron que llegaría a ser una autoridad en ese campo.

Él se sintió tentado. Quizás, una vez establecido, podría incluir este ingrediente espiritual en su trabajo. Entonces, siendo una autoridad establecida, podría *en verdad* ayudar a la Iglesia.

Pero algo quedaría en el camino: su fe, su integridad. Entonces, él hizo lo mejor que pudo con su disertación. No contenía lo suficiente del Espíritu como para satisfacerlo y demasiado para que los profesores del mundo lo aceptaran completamente. Pero al fin recibió su doctorado.

Su disertación no es realmente el documento académico que podría haber sido porque le falta el ingrediente más importante. La revelación es un elemento tan esencial en la experiencia de un obispo al aconsejar, que cualquier estudio que lo ignore no se puede considerar como una obra académica.

Él volvió a su modesto salario y a la relativa oscuridad del Sistema Educativo de la Iglesia.

Hablé con este maestro hace uno o dos días. Hablamos acerca de su disertación y del hecho que nunca fue publicada. Él ha sido una *gran* influencia entre los jóvenes de la Iglesia; él hizo lo correcto. Resumió su experiencia de la siguiente manera: “El manto es mucho, mucho más grande que el intelecto; el sacerdocio es el poder que lo guía”. Su declaración es el título de este discurso y representa lo que deseo comunicarles a ustedes.

No debería criticar tan duramente a aquellos profesores; ellos no conocen los asuntos del Espíritu; uno puede comprender su posición. Sin embargo, es otra cosa cuando consideramos a los miembros de la Iglesia, especialmente a aquellos poseedores del sacerdocio que han hecho convenios en el templo. Muchos no hacen lo que hizo este maestro; más bien, ceden, cruzan la línea y abandonan las cosas del Espíritu. Después de esto, juzgan a la Iglesia, la

doctrina y a los líderes basándose en los criterios de su profesión académica.

Este problema ha afectado a algunos que han enseñado y escrito sobre la historia de la Iglesia. Estos profesores dicen de sí mismos que la fe en la religión tiene muy poca influencia en los eruditos mormones. Dicen eso porque, obviamente, no son simples Santos de los Últimos Días, sino también intelectuales capacitados, en su mayoría, en instituciones seculares. Ellos desearían que algunos historiadores que son Santos de los Últimos Días escriban la historia como se les enseñó en la universidad en vez de hacerlo como mormones.

Si no tenemos cuidado, mucho cuidado, y si no somos sabios, muy sabios, primero dejaremos fuera de nuestra profesión las cosas del Espíritu. El siguiente paso le seguirá al poco tiempo: sacaremos las cosas espirituales de nuestra vida.

Quisiera leerles una declaración muy importante del presidente Joseph F. Smith, una cita que harían bien en tener en mente al enseñar e investigar, y la que me servirá en cierta medida de texto para mis comentarios de hoy:

“No ha sido por la sabiduría del hombre que este pueblo ha sido dirigido en su curso hasta el presente; ha sido por la sabiduría de Aquel que está sobre los hombres y cuyo conocimiento es mayor que el del hombre y cuyo poder está por encima del poder humano... La mano del Señor puede no ser visible a todos. Habrá muchos que no podrán discernir el funcionamiento de la voluntad de Dios en el progreso y desarrollo de esta gran obra de los últimos días; *no obstante, hay quienes ven en cada hora y en cada momento de la existencia de la Iglesia, desde su inicio hasta ahora, la mano suprema y todopoderosa de Aquel que envió a Su Hijo Unigénito al mundo para ser sacrificado por los pecados del mundo*” (en *Conference Report*, abril de 1904, pág. 2; cursiva agregada).

Si no tenemos esto en mente constantemente, que el Señor dirige esta Iglesia, podremos perdernos en el camino del mundo de la investigación intelectual y académica.

Ustedes maestros de seminario, y algunos de ustedes maestros de instituto y de BYU, enseñarán la historia de la Iglesia en este año escolar. Esta es una oportunidad sin precedentes en la vida de sus alumnos para aumentar la fe y el testimonio de ellos de la divinidad de esta obra. Su propósito debe ser que ellos vean la mano del Señor a toda hora y en cada momento de la Iglesia desde su inicio hasta ahora.

Como uno que ha enseñado ese tema en muchas ocasiones, les ofrezco cuatro advertencias antes de que comiencen.

PRIMERA ADVERTENCIA

No existe tal cosa como una historia exacta y objetiva de la Iglesia si no se consideran los poderes espirituales que asisten a esta obra.

No existe tal cosa como un estudio académico objetivo del oficio de obispo sin tener en cuenta la guía espiritual, el discernimiento y la revelación. Eso no es erudición. Por consiguiente, repito, no existe una historia exacta y objetiva de la Iglesia que ignore el Espíritu.

Es como querer intentar escribir la biografía de Mendelssohn sin escuchar o mencionar su música o escribir sobre la vida de Rembrandt sin mencionar la luz, los lienzos o el color.

Si alguien que supiese muy poco de música escribiera una biografía de Mendelssohn, aquel que ha sido capacitado para sentir la música podría darse cuenta de ello de inmediato. Ese lector no necesitaría leer muchas páginas del manuscrito para darse cuenta de que se ha omitido el ingrediente más esencial.

A Mendelssohn se le podría presentar sin duda como un hombre común, no como un hombre impresionante en lo absoluto. Aquello por lo que más se le recuerda desaparecería. Sin ello, podría aparecer con suerte, como un hombre excéntrico. Desde luego, habría controversia en por qué se escribió su biografía. Quien leyera la biografía no podría llegar a conocer realmente a Mendelssohn, aun cuando el biógrafo hubiera hecho una investigación exhaustiva para su proyecto y aunque hubiera sido muy exacto en todos los demás detalles.

Y si ustedes vieran las pinturas de Rembrandt sólo en blanco y negro, se perderían la mayor parte de su inspiración.

Aquellos de nosotros que estamos involucrados profundamente en la investigación de la sabiduría del hombre, incluso aquellos que escriben y que enseñan la historia de la Iglesia, no estamos inmunes a estos peligros. He realizado investigación y estudios académicos y conozco algo de esos peligros. En todo caso, somos más vulnerables que aquellos que están en otras disciplinas. La historia de la Iglesia puede ser muy interesante e inspiradora y puede llegar a ser una herramienta muy poderosa para edificar la fe. Si no está escrita o no se enseña adecuadamente, puede llegar a destruir la fe.

El presidente Brigham Young amonestó a Karl G. Maeser que no enseñara ni siquiera las tablas de multiplicar sin el Espíritu del Señor. Cuánto más esencial es el Espíritu al investigar, escribir y enseñar la historia de la Iglesia.

Si nosotros, que somos quienes investigamos, escribimos y enseñamos la historia de la Iglesia, ignoramos la parte espiritual con el pretexto de que el mundo no lo entendería, entonces nuestro trabajo no sería objetivo. Y si por la misma razón lo mantenemos totalmente secular, presentaremos una historia que no es exacta ni erudita, sin importar el grado de investigación o de la naturaleza de las declaraciones individuales o de los incidentes que se incluyen como parte de la misma, y sin importar la capacitación o la reputación académica de aquel que escribe o

enseña. Terminaríamos con una historia a la que se le ha omitido el ingrediente más esencial.

Aquellos que tienen el Espíritu pueden reconocer muy fácilmente si algo le falta a la historia escrita de la Iglesia, esto a pesar del hecho de que el autor pueda ser un historiador altamente capacitado y el lector no; y debo añadir que hemos estado obteniendo mucha experiencia en cuanto a esto en los últimos años.

El presidente Wilford Woodruff nos advirtió: “Aquí diré que Dios me ha inspirado a llevar un diario de la historia de esta Iglesia, y *advierto a los historiadores futuros a que den crédito a mi historia de esta Iglesia y reino*; porque mi testimonio es verdadero y la verdad de su registro se manifestará en el mundo venidero” (Diario de Wilford Woodruff, 6 de julio de 1877, Departamento Histórico, La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, cursiva agregada. La ortografía y la puntuación se han estandarizado).

SEGUNDA ADVERTENCIA

Existe la tentación de que el escritor o el maestro de historia de la Iglesia quiera decirlo todo, sin importar que sea digno de mencionarse o no, o que promueva la fe o no.

Algunas cosas que son ciertas no son de mucha utilidad.

Parece que los historiadores se enorgullecen en publicar algo nuevo, especialmente si ilustra una debilidad o un error de una destacada figura en la historia. Por alguna razón, los historiadores y novelistas parecen saborear tales cosas. Si se tratara de una persona que está viva, se incluiría bajo el título de los chismes. La historia puede ser tan engañosa como el chisme y mucho más difícil (y con frecuencia imposible) de verificar.

El escritor o el maestro que tiene una lealtad exagerada a la teoría de que todo se debe decir, está poniendo los cimientos de su propio juicio. No debería quejarse si algún día él recibe lo que ha dado. Quizás eso es lo que significa que los pecados de uno se pregonen desde las azoteas.

Hace tiempo, un historiador dio una conferencia a un grupo de alumnos universitarios sobre uno de los presidentes de la Iglesia que ya había fallecido. Parecía que su propósito era el de mostrar que ese presidente era un hombre que estaba sujeto a las debilidades de los hombres. Él presentó muchos supuestos hechos que no dejaban una muy buena imagen de ese presidente, especialmente cuando se tomaban fuera del contexto histórico en el cual vivió.

Alguien que no estuviera del todo familiarizado con este personaje histórico (especialmente alguien que no fuera maduro) probablemente salió de allí afectado en forma negativa. La fe de aquellos que hayan estado vacilantes en sus convicciones seguramente quedó debilitada o destruida.

Yo empecé a enseñar en seminario cuando Abel S. Rich era el director. Él era el segundo maestro de seminario

que había sido empleado por la Iglesia y era un hombre de madurez, sabiduría y experiencia. Entre las lecciones que aprendí de él estuvo ésta: cuando quiero conocer a un hombre, busco a quienes lo conocen mejor. No voy con sus enemigos, sino con sus amigos. Él no confiaría en sus enemigos. Ustedes no conocerían los pensamientos más íntimos de su corazón al consultar a aquellos que lo perjudicarían a él.

Somos maestros y deberíamos saber la importancia del principio de los prerrequisitos. Queda ilustrado fácilmente con la materia de la química. Ningún químico responsable recomendaría, ni una institución de reputación permitiría, que un alumno nuevo se inscribiera en una clase de química avanzada sin tener el conocimiento de los principios básicos de química. El curso avanzado sería un error destructivo, aun para un alumno nuevo muy brillante. Aun ese alumno brillante necesita algún conocimiento de los elementos, de los átomos y las moléculas, de los electrones, de las valencias, de los componentes y las propiedades. Permitir que un alumno avance sin el conocimiento de los fundamentos sin duda destruiría su interés y su futuro en el campo de la química.

El mismo ejemplo se podría hacer con referencia a la supuesta educación sexual. Hay muchas cosas que son verdades y que incluso son edificantes en cuanto a este tema. Hay aspectos de este tema que son tan pervertidos y desagradables que no conviene hablar de ellos en absoluto. No se pueden enseñar de forma segura a los niños pequeños o a aquellos que no son elegibles en virtud de su edad, su madurez o la ordenanza que los autoriza para comprenderlas.

El enseñar ciertas cosas que son verdaderas prematuramente o en el momento equivocado puede traer dolor y congoja en vez del gozo que se desea acompañe a la enseñanza.

Lo que es cierto en estos dos temas es, si acaso, doblemente cierto en el campo de la religión. Las Escrituras enseñan categóricamente que debemos dar leche antes que carne. El Señor expresó muy claramente que algunas cosas se deben enseñar con un criterio selectivo y que algunas cosas sólo se dan a aquellos que son dignos.

Tiene mucha importancia no sólo *lo que se nos dice* sino *cuándo se nos dice*. Tengan cuidado de edificar la fe en vez de destruirla.

El presidente William E. Berrett nos ha dicho cuán agradecido está del testimonio que se fijó firmemente en su mente de que los líderes anteriores fueron profetas de Dios, *antes* de que él se viera expuesto a los supuestos hechos que los historiadores han puesto en sus publicaciones.

Este principio de los prerrequisitos es tan fundamental a toda la educación que nunca he podido comprender por qué los historiadores están tan dispuestos a ignorarlo. Y,

si aquellos que están fuera de la Iglesia no tienen mucho para ser guiados excepto los principios de su profesión, aquellos que están dentro de la Iglesia deberían poder discernir mejor.

Algunos historiadores escriben y hablan como si los únicos que van a leer o escuchar son historiadores maduros y experimentados. Ellos escriben y hablan a una audiencia limitada. Desafortunadamente, muchas de las cosas que se dicen entre sí no son edificantes, van mucho más allá de la audiencia para quienes estaban previstas y destruyen la fe.

Lo que ese historiador hizo con la reputación de un Presidente de la Iglesia no valió la pena. Parecía resuelto a convencer a todos que el *profeta* era un *hombre*. Eso ya lo sabíamos. Todos los profetas y todos los apóstoles han sido hombres. Le hubiera valido más la pena si nos hubiera convencido de que el *hombre* era un *profeta*, un hecho tan cierto como el hecho de que era un hombre.

Él ha quitado algo del recuerdo que teníamos de un profeta. Él destruyó la fe. Les voy a recordar la verdad que enseñó Shakespeare, que irónicamente se pronunció en labios de Iago: “Quien me roba la bolsa, me roba una porquería, una insignificancia, nada; fue mía, es de él y había sido esclava de otros mil; pero el que hurta mi buen nombre, me arrebató una cosa que no le enriquece y me deja pobre en verdad” (*Otelo*, acto 3, escena 3, líneas 157–161).

Lo triste de todo esto es que, en años anteriores, él pudo haber tenido gran interés en quienes dirigían la Iglesia y deseado acercarse a ellos. Pero en vez de seguir esa larga, empinada, desalentadora y en ocasiones peligrosa senda hacia un logro espiritual, en vez de ascender a donde ellos estaban, concibió una forma de recolectar errores, debilidades y limitaciones para compararlas con las de él mismo. En ese sentido él intentó bajar a un personaje histórico a su nivel y de esa manera sentirse cerca a él y quizás así justificar sus propias debilidades.

Estoy de acuerdo con el presidente Stephen L Richards, quien declaró:

“Si a través de los años un hombre de la historia se ha asegurado un lugar elevado en la estima de sus conciudadanos y semejantes y ha llegado a ser parte integral de su afecto, al parecer ha llegado a ser un pasatiempo agradable para los investigadores y eruditos hurgar en el pasado de tal hombre, para descubrir, si las hubiera, algunas de sus debilidades y luego escribir un libro que exponga las presuntas conclusiones de los hechos no publicadas hasta ahora, todo lo cual tiende a robar el carácter histórico de la estima y la veneración idealistas que se le han tenido a través de los años.

“Ese ‘desenmascaramiento’, se nos dice, es con el fin de que se conozca la realidad, de que se conozcan los hechos. Si es que un personaje histórico ha hecho una gran contribución al país y a la sociedad, y si su nombre y sus actos

se han utilizado por generaciones para fomentar altos ideales de carácter y de servicio, ¿qué cosa buena se va lograr al desenterrar su pasado y explotar sus debilidades, las cuales quizás un público contemporáneo y generoso ya perdonó y atenuó?” (*Where Is Wisdom?*, Salt Lake City: Deseret Book Co., 1955, pág. 155).

Ese historiador o erudito que se complace en señalar las debilidades y flaquezas de los líderes actuales o pasados destruye la fe. Un destructor de fe (especialmente uno que está dentro de la Iglesia y más especialmente uno a quien se ha empleado específicamente para edificar la fe) se coloca a sí mismo en un gran peligro espiritual. Él está sirviendo al señor equivocado y a no ser que se arrepienta, no será contado entre los fieles en las eternidades.

El que escoge seguir los principios de su profesión, sin importarle cuánto dañen a la Iglesia o destruyan la fe de aquellos que no están listos para una “historia avanzada”, está en un gran peligro espiritual. Si esa persona es miembro de la Iglesia, ha quebrantado sus convenios y será responsable de sus actos. Después que termine todos los días de su vida mortal, no se hallará en donde se podría haber hallado.

Recuerdo una conversación que tuve con el presidente Henry D. Moyle. Regresábamos de Arizona en auto y hablábamos de un hombre que destruyó la fe de algunos jóvenes por medio de su posición estratégica de maestro. Alguien le preguntó al presidente Moyle por qué este hombre seguía siendo miembro de la Iglesia después de las cosas que había hecho. “Él no es miembro de la Iglesia”, contestó con firmeza el presidente Moyle. Otra persona contestó que no había escuchado que hubiera sido excomulgado. “Él se ha excomulgado a sí mismo”, respondió el presidente Moyle. “Él se ha aislado a sí mismo del Espíritu de Dios. El que se realice o no un tribunal para este hombre, no importa mucho; él se ha aislado a sí mismo del Espíritu del Señor”.

TERCERA ADVERTENCIA

Un escritor o maestro, en su esfuerzo por ser objetivo, imparcial y académico, puede sin darse cuenta estar concediendo la misma cantidad de tiempo al adversario.

Alguien ha comentado sobre un hombre que escribió un libro titulado *An Unbiased History of the Civil War from the Southern Point of View [Una historia imparcial sobre la guerra civil desde el punto de vista del sur]*. Mientras que nos reímos al ver este título, hay algo que decir en cuanto a presentar la historia de la Iglesia desde el punto de vista de aquellos que la han vivido rectamente. La idea de que debemos ser neutrales y discutir tanto a favor del adversario como a favor de la rectitud no es razonable ni segura.

En la Iglesia no somos neutrales, estamos de un solo lado. Se está desatando una guerra y nosotros estamos involucrados en ella. Es la guerra entre el bien y el mal y somos

los combatientes en la defensa del bien. Estamos, por tanto, obligados a dar preferencia y proteger a todo lo que represente el Evangelio de Jesucristo, y hemos hecho convenios de así hacerlo.

Algunos de nuestros eruditos establecen para sí mismos una postura neutral, a la que llaman “indiferencia comprensiva”. Los historiadores se inclinan especialmente a hacer eso. Si hacen un comentario de elogio acerca de la Iglesia, parece que sienten que deben contrarrestarlo con algo que no lo sea.

Algunos de ellos, ya que son miembros de la Iglesia, se sienten avergonzados con la idea de que se les acuse de tener favoritismos. A ellos les importa mucho lo que el mundo piense y tienen mucho cuidado de incluir en sus escritos críticas sobre los líderes anteriores de la Iglesia.

En especial se esfuerzan por ser aclamados como historiadores, medidos según los estándares del mundo. Les haría bien leer la visión de Nefi sobre la barra de hierro y reflexionar en los versículos del 24 al 28.

“Y sucedió que vi a otros que se adelantaban, y llegaron y se asieron del extremo de la barra de hierro, y avanzaron a través del vapor de tinieblas, asidos a la barra de hierro, hasta que llegaron y participaron del fruto del árbol.

“Y *después* de haber comido del fruto del árbol, miraron en derredor de ellos, como si se hallasen avergonzados. [Noten la palabra *después*. Está hablando de quienes participan de la bondad de Dios: de los miembros de la Iglesia.]

“Y yo también dirigí la mirada alrededor, y vi del otro lado del río un edificio grande y espacioso que parecía erguirse en el aire, a gran altura de la tierra.

“Y estaba lleno de personas, tanto ancianas como jóvenes, hombres así como mujeres; y la ropa que vestían era excesivamente fina; y se hallaban en actitud de estar burlándose y señalando con el dedo a los que habían llegado hasta el fruto y estaban comiendo de él.

“Y *después* que hubieron probado del fruto, se avergonzaron a causa de los que se mofaban de ellos; y cayeron en senderos prohibidos y se perdieron” (1 Nefi 8:24–28; cursiva agregada).

Quisiera decir con toda seriedad que la paciencia del Señor tiene un límite en cuanto a aquellos que están bajo el convenio de bendecir y proteger Su Iglesia y reino sobre la tierra pero no lo hacen.

Están en peligro, especialmente si salen a labrarse una reputación, sí, “han puesto su corazón en las cosas de este mundo, y aspiran tanto a los honores de los hombres, que [ellos] no aprenden esta lección única:

“Que los derechos del sacerdocio están inseparablemente unidos a los poderes del cielo, y que éstos no pueden ser

gobernados ni manejados sino conforme a los principios de la rectitud.

“Es cierto que se nos pueden conferir; pero cuando intentamos encubrir nuestros pecados, o satisfacer nuestro orgullo, nuestra vana ambición o ejercer mando, dominio o compulsión sobre las almas de los hijos de los hombres, en cualquier grado de injusticia, he aquí, los cielos se retiran, el Espíritu del Señor es ofendido, y cuando se aparta, se acabó el sacerdocio o autoridad de tal hombre.

“He aquí, antes que se dé cuenta, queda abandonado a sí mismo para dar coces contra el aguijón, para perseguir a los santos y combatir contra Dios” (D. y C. 121:35–38).

Hay muchas referencias en las Escrituras y en la literatura de la Iglesia que nos convencen de que estamos en guerra con el adversario. No estamos obligados como Iglesia, ni como miembros, a complacer al enemigo en esta batalla.

El presidente Joseph Fielding Smith puntualizó que sólo un general imprudente daría acceso de toda su inteligencia al enemigo. No se espera, ni es necesario, que complazcamos a quienes intentan conseguir referencias de nuestros recursos, para luego distorsionarlas y utilizarlas en nuestra contra.

Vamos a suponer que una corporación bien administrada está bajo amenaza de que la adquiera otra corporación. Imagínense que la corporación que planea adquirirla está resuelta a acabar con todos los activos y luego disolver la compañía. Pueden estar seguros que la empresa que esté bajo esa amenaza buscará asesoría legal para protegerse.

¿Pueden imaginarse a ese abogado, que ha sido contratado para proteger a la compañía, que se ha propuesto que él no debe ponerse de ningún lado, que debe ser imparcial?

Supongamos que cuando los registros de la compañía que lo ha contratado para que la proteja se abren para que pueda preparar su defensa, él recoge evidencia y se la pasa a los abogados de la compañía enemiga. Entonces, su propia compañía estaría en gran peligro debido a su comportamiento desleal.

¿No reconocen una violación de la ética, la honradez o la moralidad?

Creo que se dan cuenta de la puntualización que estoy haciendo. Aquellos de ustedes que son empleados de la Iglesia tienen una responsabilidad especial de edificar la fe, no de destruirla. Si ustedes no hacen esto, y de hecho complacen al enemigo, que es el destructor de la fe, se convierten de alguna manera en traidores de la causa que han hecho convenio de proteger.

Aquellos que con cuidado han eliminado de su trabajo cualquier fe religiosa en nombre de la libertad académica o de la supuesta honestidad, no deberían esperar que se les apoye en sus investigaciones o que la Iglesia les pague para hacerlo.

Además, tengan por seguro que se obtiene muy poco de la verdad, y menos beneficio, de quienes roban documentos o de quienes negocian con bienes robados. Siempre ha habido y tenemos entre nosotros hoy día a quienes buscan ingresar a bibliotecas y archivos restringidos para copiar secretamente el material y robarlo con la esperanza de encontrar algún detalle que aún no ha sido publicado, esto a fin de poder venderlo por dinero o beneficiarse de alguna manera con su publicación o inflarse de orgullo por ser el primero en publicarlo.

En algunos casos el motivo es destruir la fe, si pueden, y la Iglesia, si les es posible. La Iglesia seguirá adelante y los esfuerzos de ellos serán por un corto tiempo, pero tal conducta no pasa desapercibida en el punto de vista eterno de las cosas.

No deberíamos avergonzarnos de estar dedicados, de estar convertidos, de estar predispuestos a favor del Señor.

El élder Joseph Fielding Smith señaló la falacia de intentar trabajar en los dos lados de la calle: “Se podría decir entonces que el Libro de Mormón no es verdadero ya que no da crédito a la historia que los lamanitas contaron acerca de los nefitas” (véase *Utah Genealogical and Historical Magazine*, abril de 1925, pág. 55).

Hace muchos años, ciertos profesores de la Universidad Harvard que eran miembros de la Iglesia, me invitaron a un almuerzo en el comedor de la Facultad de Economía de Harvard. Ellos querían saber si me les uniría para participar en una nueva publicación; querían que contribuyera en ella.

Fueron muy generosos en sus cumplidos, y dijeron que porque tenía un doctorado, muchos miembros de la Iglesia me escucharían, y siendo que era Autoridad General (en esa época, era Asistente al Consejo de los Doce), podría tener una influencia muy útil.

Les escuché con mucha atención pero al final de la conversación les dije que no me uniría. Les pedí que se me disculpara de responder a su propuesta. Cuando me preguntaron por qué, les dije lo siguiente: “Cuando sus compañeros me anunciaron el proyecto, describieron lo útil que sería para la Iglesia, que era un nicho que debía llenarse”. Luego el portavoz dijo: “Todos nosotros somos miembros fieles y activos de la Iglesia; *sin embargo...*”

Les dije a mis dos anfitriones que si el comunicado hubiese dicho: “Nosotros somos miembros fieles y activos de la Iglesia; *por lo tanto...*”, me habría unido a su organización. Tenía serias preocupaciones en cuanto a una organización “sin embargo”, pero muy poca a una “por lo tanto”.

Ese *sin embargo* significaba que ponían una condición sobre el ser miembros de la Iglesia y sobre su fe. Significaba que ponían otra cosa en primer lugar. Significaba que iban a juzgar a la Iglesia, al Evangelio y a sus líderes en contraposición con su propia formación y capacitación. Significaba

que su dedicación era parcial, y esa dedicación parcial no es suficiente para calificar a alguien para recibir una completa luz espiritual.

No voy a contribuir a publicaciones, ni pertenecer a organizaciones que por espíritu o tendencia son destructoras de la fe. Hay suficientes eruditos en el mundo decididos a buscar todas las verdades seculares. Hay muy pocos de nosotros, relativamente hablando, que se esfuerzan por comunicar las verdades espirituales, que están protegiendo a la Iglesia. No podemos ser neutrales sin riesgo.

Hace muchos años, el élder Widtsoe hizo referencia a un maestro imprudente que, en la Asociación de Mejoramiento Mutuo, patrocinó un debate con la intención de mejorar la habilidad de debatir de los jóvenes de la Iglesia. Escogió como tema “Resuelto: José Smith fue un profeta de Dios”. Desafortunadamente, ganó el lado de los contrarios.

Los jovencitos que hablaron en favor de la propuesta no fueron tan ingeniosos y no prepararon sus argumentos tan bien como los del lado contrario. El hecho de que José Smith siguiera siendo profeta después de terminar el debate no protegió a algunos de los participantes de sufrir la destrucción de su fe y que a partir de entonces dirigieran su vida como si José Smith no fuera profeta, como si la Iglesia que él estableció y el Evangelio que él restauró no fuesen verdaderos.

CUARTA ADVERTENCIA

La última advertencia se relaciona con la idea de que mientras algo ya esté impreso, mientras esté disponible por otros medios, no hay nada de malo en utilizarlo para escribir, hablar o enseñar.

Sin duda ustedes pueden ver la falacia en esto.

En ocasiones me he sentido decepcionado al leer declaraciones que tienden a subestimar o degradar a la Iglesia o a los líderes anteriores de la Iglesia en escritos de aquellos que se supone son dignos miembros de la Iglesia. Cuando he comentado acerca de la desilusión que he sentido al verlo publicado, la respuesta ha sido: “Ya se había publicado antes, y está disponible; por lo tanto, no veo ninguna razón para no publicarlo otra vez”.

No se logra nada bueno con hacer que se disemine. Es posible que lo lean aquellos que no son lo suficientemente maduros para una “historia avanzada”, y un testimonio en desarrollo puede quedar destruido.

Hace algunos años el presidente Ezra Taft Benson se dirigió a ustedes y dijo: “Se nos ha informado que algunos de nuestros maestros, especialmente en nuestros programas universitarios, están comprando escritos de apóstatas conocidos... con el objeto de informarse en cuanto a ciertos puntos de vista o para ganar información de sus investigaciones. Deben darse cuenta de que cuando compran sus escritos o se suscriben a sus revistas, están ayudando

a sostener su causa. Esperamos que esos escritos no estén en los seminarios, institutos o en su biblioteca personal. Confiamos en que ustedes representen al Señor y a la Primera Presidencia ante sus alumnos, no a las opiniones de los detractores de la Iglesia” (*The Gospel Teacher and His Message*, Discurso pronunciado al personal del Sistema Educativo de la Iglesia, 17 de septiembre de 1976, pág. 12).

Yo respaldo este sabio consejo, y les exhorto a que lo sigan.

Recuerden: cuando se ve a un apóstata amargado, no sólo se ve la ausencia de luz, sino que también se ve la presencia de la oscuridad.

¡No propaguen los microbios de la enfermedad!

Aprendí una gran lección hace algunos años cuando entrevisté a un joven que estaba en la casa de la misión, al cual se le impidió servir en una misión. Me confesó una transgresión que ustedes pensarían que jamás entraría en la mente de un ser humano normal.

“¿De dónde sacaste la idea para hacer algo así?”, le pregunté.

Para mi gran sorpresa, me contestó: “De mi obispo”.

Dijo que el obispo le preguntó en la entrevista: “¿Has hecho esto alguna vez? ¿Has hecho aquello alguna vez? ¿Has hecho esta otra cosa alguna vez?”, y le describió en detalle cosas que este joven jamás hubiera pensado. Lo atormentaron hasta que, bajo perversa inspiración, la oportunidad se presentó por sí misma y él cayó.

No perpetúen lo indigno, lo desagradable o lo sensacional.

Algunas cosas que se publican luego se dejan de publicar, y el refrán que dice “es bueno deshacerse de lo que no sirve” se podría aplicar.

El élder G. Homer Durham, del Primer Quórum de los Setenta, nos contó el consejo que recibió de uno de sus profesores que fue un historiador eminente: “No escriban (y debo agregar, no enseñen) historia que sólo sirve para echarla en la basura”.

Moroni dio una norma excelente que los historiadores deben seguir:

“Pues he aquí, a todo hombre se da el Espíritu de Cristo para que sepa discernir el bien del mal; por tanto, os muestro la manera de juzgar; porque toda cosa que invita a hacer lo bueno, y persuade a creer en Cristo, es enviada por el poder y el don de Cristo, por lo que sabréis, con un conocimiento perfecto, que es de Dios.

“Pero cualquier cosa que persuade a los hombres a hacer lo malo, y a no creer en Cristo, y a negarlo, y a no servir a Dios, entonces sabréis, con un conocimiento perfecto, que es del diablo; porque de este modo obra el diablo, porque él no persuade a ningún hombre a hacer lo bueno,

no, ni a uno solo; ni lo hacen sus ángeles; ni los que a él se sujetan” (Moroni 7:16–17).

Hay una gran diferencia entre considerar la vida mortal como la conclusión y realización de nuestra existencia o considerarla como la preparación para una existencia eterna.

Ésas son las precauciones que les doy a ustedes que son los que enseñan y escriben la historia de la Iglesia.

Hay ciertos requisitos para enseñar o escribir la historia de esta Iglesia. Si es que alguien carece de cualquiera de esos requisitos, no puede enseñar adecuadamente la historia de la Iglesia. Puede quizás recitar los hechos y dar su punto de vista, pero no puede enseñar adecuadamente la historia de la Iglesia.

Voy a presentar estos requisitos en manera de preguntas para que ustedes puedan evaluarse a sí mismos.

¿Creen que Dios el Eterno Padre y Su Hijo Jesucristo se aparecieron en persona al joven profeta José Smith en el año 1820?

¿Tienen un testimonio personal de que el Padre y el Hijo se aparecieron en toda Su gloria, y que estuvieron en el aire arriba del joven y lo instruyeron de acuerdo al testimonio que dio al mundo en la historia que más adelante publicó?

¿Saben que el testimonio del profeta José Smith es verdadero porque han recibido un testimonio espiritual de que esto es verdad?

¿Creen que la Iglesia que fue restaurada a través de él es, según las palabras del Señor, “la única iglesia verdadera y viviente sobre la faz de toda la tierra, con la cual yo, el Señor, estoy bien complacido” (D. y C. 1:30)? ¿Saben por medio del Espíritu Santo que ésta es *La* Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, restaurada mediante mensajeros celestiales en estos tiempos modernos; que la Iglesia constituye el reino de Dios en la tierra, y que no es sólo una institución inventada por humanos?

¿Creen que los sucesores del profeta José Smith fueron y son profetas, videntes y reveladores; que la revelación de los cielos dirige las decisiones, normas y pronunciamientos que vienen de las Oficinas Generales de la Iglesia? ¿Han llegado a tener la firme convicción, por medio del Espíritu, de que estos profetas en verdad representan al Señor?

Pues bien, evidentemente se dieron cuenta que no hablé en cuanto a los requisitos académicos. Mediante el estudio personal y el indispensable trabajo de curso pueden obtenerse los hechos, el entendimiento y la instrucción. Estos tres requisitos que he mencionado vienen a la persona mediante el Espíritu. No los pueden recibir a través de la capacitación o el estudio secular; ni mediante investigación académica o científica.

Repito: si existe una deficiencia en alguno de éstos, entonces, a pesar de cualquier otra capacitación que posea la

persona, no podrá comprender, escribir o enseñar la verdadera historia de esta Iglesia. Los asuntos de Dios sólo los entiende uno que posee el Espíritu de Dios.

Ahora, ¿qué pasó con el historiador que difamó a uno de los primeros Presidentes de la Iglesia y que puede haber debilitado o destruido la fe en ese proceso? ¿Qué pasa con otros miembros de la Iglesia que han sido culpables en sus publicaciones o en sus enseñanzas de algo semejante?

Quiero decirles algo que tal vez les sorprenda. Conozco a un hombre que hizo algo tan destructivo como esto y que luego llegó a ser un profeta de la Iglesia. Me refiero a Alma, hijo. Aprendí acerca de él al leer el Libro de Mormón, que en verdad es una historia fidedigna de la Iglesia en la antigüedad.

Ustedes conocen el registro de Alma, cuando era joven. Él seguía al profeta Alma, su padre, a donde iba, y ridiculizaba todo lo que su padre predicaba. Él era, en esa época de su vida, un destructor de la fe. Entonces, llegó el momento del cambio. Debido a que su padre había orado por ello, él volvió en sí, cambió y llegó a ser uno de los grandes hombres de la historia religiosa.

Quiero decir algo a ese historiador y a los demás que hayan dado un valor más alto al intelecto que al manto.

Las Autoridades Generales de antes y las de ahora son hombres, hombres muy comunes que tienen en su mayoría orígenes muy humildes. ¡Nosotros necesitamos la ayuda de ustedes! La necesitamos urgentemente. No podemos investigar ni organizar la historia de la Iglesia. No tenemos el tiempo para hacerlo ni tenemos la capacitación que ustedes poseen; pero conocemos el Espíritu y sabemos lo esencial que es como parte de nuestra historia. Es nuestro deber el organizar la Iglesia, ponerla en orden, conferir las llaves de la autoridad, efectuar las ordenanzas, vigilar el crecimiento del reino y llevar sus cargas, las pesadas cargas, las nuestras y las de los demás, de las cuales ustedes saben muy poco.

¿Saben ustedes lo inadecuados que en verdad somos si se nos compara con los llamamientos que hemos recibido? ¿Pueden sentir, hasta cierto grado, el peso, el peso abrumador de la responsabilidad que tenemos? Si buscan insuficiencia e imperfecciones, podrán encontrarlas muy fácilmente. Pero quizás ustedes no sienten, como nosotros, el peso enorme de responsabilidad vinculado a los llamamientos que se nos han dado. No tenemos la libertad de hacer algunas cosas que los académicos creen sería razonable, porque el Señor no permitiría que las hiciésemos, y esta es Su Iglesia. Él la preside.

Hay otra parte de la continua historia de la Iglesia con la que ustedes no están familiarizados. Quizás puedo ilustrársela:

Hace unos años tuve el triste privilegio de acompañar al presidente Kimball, en ese entonces Presidente de los

Doce, a una estaca lejana para reemplazar a un líder de la estaca que había sido excomulgado debido a una transgresión. Sentimos gran compasión por este buen hombre que había cometido un acto tan indigno. Su pesar, angustia y sufrimiento me trajeron a la mente la frase “la hiel de amargura”.

A partir de entonces, en algunas ocasiones, recibí llamadas del presidente Kimball preguntando: “¿Ha escuchado algo de este hermano? ¿Cómo le está yendo? ¿Se ha comunicado con él?” Luego que el hermano Kimball se convirtió en Presidente de la Iglesia, las llamadas no cesaron, sino que más bien aumentaron.

Un día recibí una llamada del Presidente. “He estado pensando en este hermano. ¿Cree que es muy pronto como para que se bautice?” (Siempre hacía preguntas, nunca daba una orden.) Le respondí con mis sentimientos y me dijo: “¿Por qué no le pide que venga para que usted lo vea? Si después de la entrevista usted siente que está bien, podemos proceder”.

Poco tiempo después, llegué muy temprano a la oficina. Mientras salía de mi auto, vi que el presidente Kimball entraba en el suyo. Se iba al aeropuerto en un viaje por Europa. Bajó la ventana para saludarme y le dije que tenía buenas noticias sobre nuestro hermano. “Se bautizó anoche”, le dije.

Él me hizo una señal para que me subiera al auto y me sentara junto a él, y me pidió que le contara todo al respecto. Le conté sobre la entrevista que tuve con nuestro hermano y que finalicé diciéndole muy claramente que su bautismo no sería una señal de que se le fueran a restaurar las bendiciones del sacerdocio en un futuro inmediato. Le dije que pasaría mucho, mucho tiempo antes que eso sucediera.

El presidente Kimball me dio unas palmaditas en la rodilla en un gesto suave como para corregirme y me dijo: “Bueno, quizás no tanto tiempo...” Poco después las llamadas por teléfono comenzaron otra vez.

Quiero contarles de otra lección que recibí. Hace muchos años, cuando era una nueva Autoridad General y con poca experiencia, me llamaron a la oficina del Primer Consejero de la Primera Presidencia. “Nos enteramos que se va a una conferencia a la costa oeste este fin de semana. Nos preguntamos si podría salir uno o dos días antes para ayudarnos con un problema que hay en las oficinas de la misión en otra ciudad”.

Un misionero había confesado haber cometido una transgresión y el presidente de misión estaba reacio a tomar medidas. Se me instruyó que convocara un tribunal y que el misionero fuera excomulgado.

Fui y entrevisté al misionero por largo tiempo. Luego me fui a un parque para pensar y orar al respecto. Este era un

caso inusual, de lo más inusual. Después de dos horas, llamé a un miembro de la Primera Presidencia desde un teléfono público y le conté un poco de lo que había averiguado y de cómo me sentía al respecto. Él me preguntó qué es lo que yo quería hacer. Con vacilación le dije que quería demorar la decisión, no actuar en ese momento. Luego le dije: “Pero, Presidente, si usted me vuelve a decir que lo haga, yo lo haré”.

Su voz vino por el teléfono y me pareció como un trueno: “¡No vaya en contra de los susurros del Espíritu!”

Había aprendido una gran lección que nunca olvidaré y la inspiración afectó en gran manera los hechos cuando se tomó la acción definitiva.

No cedan su fe como pago por un avanzado título universitario o por el reconocimiento y los elogios del mundo. No se aparten del Señor ni de Su Iglesia ni de Sus siervos. Se les necesita, ¡ay, cómo se les necesita!

Puede ser que ustedes ofrezcan su reputación académica y los elogios de sus compañeros en el mundo como un sacrificio sobre el altar del servicio. Quizás ellos nunca entiendan los asuntos del Espíritu como ustedes tienen derecho a hacerlo. Tal vez ellos no los consideren una autoridad en esa área o un erudito. Sólo recuerden que cuando Abraham fue probado, no fue necesario que realmente sacrificara a Isaac. Sólo tenía que estar dispuesto a hacerlo.

Y ahora una última lección de la historia de la Iglesia, una que ilustra el tipo de cosas del pasado que edifican la fe y aumentan el testimonio.

William W. Phelps había sido un compañero de confianza del profeta José Smith. Luego, en una hora de crisis cuando el Profeta lo necesitaba más que nunca, se volvió en contra de él y se unió a los apóstatas y opresores que buscaban quitarle la vida al Profeta.

Más tarde, el hermano Phelps reconoció su error. Se arrepintió de lo que había hecho y le escribió al profeta José Smith, pidiéndole perdón. Quisiera leerles la carta que el profeta José escribió en respuesta al hermano Phelps.

Confieso también que muchas veces he gemido en agonía cuando he pensado en los incidentes de esta clase que los estudiosos han descubierto cuando han estudiado minuciosamente los registros de nuestra Iglesia pero que los han dejado fuera de sus escritos por temor a que se les considerara indignos de una reseña académica de la historia de la Iglesia.

A continuación la carta.

“Estimado hermano Phelps:

“...Usted podrá, en cierta medida, darse cuenta de mis sentimientos, así como de los del élder Rigdon y del hermano Hyrum, cuando leímos su carta; ciertamente nuestros corazones se fundieron de ternura y compasión cuando nos

dimos cuenta de sus resoluciones, etc. Puedo asegurarle que siento la disposición de actuar en su caso de una manera tal que contará con la aprobación de Jehová (cuyo siervo soy) y de acuerdo a los principios de verdad y rectitud que han sido revelados; y por cuanto la longanimidad, la paciencia y la misericordia han caracterizado los tratos de nuestro Padre Celestial hacia los humildes y penitentes, siento la disposición de copiar Su ejemplo, de atesorar los mismos principios y, al hacerlo, ser un salvador de mi prójimo.

“Es cierto que hemos sufrido mucho como consecuencia de su comportamiento; la copa de la amargura, ya llena lo suficiente para ser bebida por los mortales, se rebasó cuando usted se volvió contra nosotros. Uno con quien con frecuencia nos habíamos sentado juntos en consejo y con quien habíamos disfrutado muchos momentos de refrigerio del Señor: ‘si hubiera sido un enemigo, podríamos haberlo soportado’...

“Sin embargo, se bebió la copa, se ha hecho la voluntad de nuestro Padre y aún estamos vivos, por lo cual agradecemos al Señor. Y habiendo sido librados de las manos de hombres perversos por la misericordia de nuestro Dios, le decimos que usted tiene el privilegio de ser liberado de los poderes del adversario, de ser traído a la libertad de los queridos hijos de Dios y nuevamente tomar su lugar entre los Santos del Altísimo, y que con diligencia, humildad y amor genuino se encomiende a sí mismo a nuestro Dios, y a su Dios, y a la Iglesia de Jesucristo.

“Creando que su confesión es real y su arrepentimiento genuino, estoy feliz una vez más de estrecharle la mano derecha de la hermandad y de regocijarme con el retorno del pródigo...

“ ‘Entra, querido hermano, ya que la guerra ha pasado, Porque los que fueron amigos al principio, al final nuevamente lo serán’.

“Un abrazo como siempre,

“José Smith, hijo”

(*History of the Church*, tomo IV, págs. 162–164.)

El hermano Phelps sí volvió a la hermandad total. Él escribió himnos, y el himno que cantamos al iniciar esta reunión, “Llor al Profeta”, fue escrito por el hermano Phelps, al igual que “Oh Dios, Eterno Padre”, “Ya regocijemos”, “Entonad sagrado son”, “El Espíritu de Dios”, sólo para mencionar unos cuantos.

¡Qué gran pérdida hubiera sido para la Iglesia si el hermano Phelps no hubiese vuelto, y cuán grande hubiera sido la tragedia para él mismo!

Cuando leo acerca de las Autoridades Generales del pasado, me siento abrumado por la humildad. Consideren al profeta José Smith y las pocas oportunidades que tuvo de recibir una educación formal. Lean las cartas que escribió de su puño y letra y se darán cuenta que su ortografía no era buena. Cuán agradecido debió haber estado por tener un escriba. He sollozado cuando he contemplado todo lo que hicieron con lo poco que tenían. Puedo percibir lo agradecidos que deben haber estado con aquellos que permanecieron a su lado.

A ustedes, que se han desviado del camino, ¡vuelvan! Sabemos cómo eso puede suceder; hemos andado por la senda de la investigación y del estudio. ¡Vengan a ayudarnos!, ustedes con su erudición y capacidad, ustedes con sus mentes brillantes e inteligentes, ustedes con su experiencia y con sus títulos académicos.

Cuán agradecidos estamos hoy por los muchos miembros que tienen dones y capacitación especiales y que los dedican a la edificación de la Iglesia y el reino de Dios y a la protección de la misma.

Que el Señor les bendiga a ustedes que tan fielmente recaban y enseñan la historia de la Iglesia y edifican la fe de aquellos a quienes enseñan. Doy mi testimonio de que el Evangelio es verdadero, de que esta Iglesia es Su Iglesia. Ruego que puedan ser inspirados cuando escriban y cuando enseñen. Que el Espíritu del Señor pueda estar con ustedes en rica abundancia.

A medida que lleven a sus alumnos por los senderos de la historia de la Iglesia en esta dispensación, es suyo el privilegio de ayudarles a ver el milagro de la Restauración, el manto que pertenece a Sus siervos y “ver en cada hora y cada momento de la existencia de la Iglesia... la mano suprema y todopoderosa de [Dios]” (Joseph F. Smith, en *Conference Report*, abril de 1904, pág. 2).

A medida que escriban y enseñen la historia de la Iglesia bajo la influencia de Su Espíritu, llegarán un día a saber que no fueron simples espectadores, sino una parte central de la misma, porque ustedes son Sus santos.

Este testimonio se lo dejo junto con mis bendiciones, en el nombre de Jesucristo. Amén.